

colombiano genera, especialmente con respecto a sus efectos sobre sus propios territorios. Como resultado se puede ver que los vecinos de Colombia pretenden mantener una asepsia frente al conflicto interno colombiano. Esto también ha ocasionado que los países andinos pierdan la voluntad para establecer una agenda de seguridad andina común, pese a las evidentes y fuertes presiones estadounidenses. Finalmente, el artículo hace un recuento de la política exterior ecuatoriana frente a la política de seguridad democrática colombiana, y señala que existe una marcada tendencia hacia un mayor involucramiento en el problema, la misma que obedece a la interpretación de las percepciones que el conflicto genera, más que a un análisis estructural de la situación, lo que demuestra una incapacidad gubernamental para modular eficientemente sus intereses, en lugar de asumir como propias las problemáticas que le son ajenas.

A manera de conclusión, podría decirse que la real innovación de este volumen del PRADI proviene de la inserción del cuerpo diplomático en el debate sobre temas de seguridad, que -como reconoce el editor en la introducción- requiere una mayor participación y dinamismo de la clase política ecuatoriana. Lamentablemente, los aportes a lo largo del libro muestran una debilidad en el manejo conceptual del término y en las recomendaciones para el frente externo. En general, sería aconsejable ampliar la investigación sobre seguridad para poder determinar con mayor precisión las complejas interacciones que generan las percepciones de inseguridad. Finalmente, los autores tienen una marcada tendencia a hablar desde lo normativo, desde la postura del deber ser, lo cual no es extraño tomando en cuenta que estos aportes vienen respaldados por la experiencia de quienes trabajan directamente con la política exterior ecuatoriana. No obstante, es aconsejable profundizar un poco más en el tema para refinar el análisis.

Carla Álvarez



Franklin Ramírez Gallegos, 2005,

La insurrección de abril no fue sólo una fiesta,

Taller El Colectivo, Abya-Yala, Ciudad, Terranova, Feuce-Q, Quito.

El goce de la democracia radical

Ante la afirmación expresada a través del título que Ramírez-Gallegos ha escogido para su ensayo, *La insurrección de abril no fue sólo una fiesta*, es casi inevitable que una interrogante se destaque incisivamente frente a los ojos del lector. Todo aquel que se encuentre empeñado en desentrañar los posibles sentidos y potencialidades políticas derivadas de la dispersa movilización ciudadana que decantó en el derrocamiento de Lucio Gutiérrez el pasado 20 abril, con mucha probabilidad no podrá dejar de preguntarse: ¿es pertinente nombrar con una palabra tan fuertemente cargada de una significación evocadora de combatividad y radicalidad, *insurrección*, al mencionado hecho político? En el caso de que se aceptase esta manera políticamente explosiva de nombrar a las jornadas de abril, el aura de inofensiva espontaneidad que, por obra y gracia de no pocos intérpretes, las ha envuelto, se desvanecería.

¿Si los sucesos de abril, desprovistos de ese manto de polvo de hadas con el que han sido recubiertos no fueron únicamente una “fiesta”, entonces qué fueron? En uno de los más sucintos y mejor logrados acápites del ensayo, Ramírez-Gallegos responde a esta última interrogante negativamente. Es decir, define aquello que las jornadas de abril *no fueron*. A través de un tono narrativo marcadamente ácido, el autor arremete corrosivamente contra tres frentes que actualmente reclaman para sí el monopolio sobre la correcta interpretación del evento político en cuestión.

Para empezar, a las clases medias “cultas” que, muy pudorosamente, prefieren reconocer en la reciente movilización en Quito única y exclusivamente una decidida adhesión de la ciudadanía a los valores del liberalismo democrático, el autor les recuerda lo poco disimulables aspectos abiertamente anti-liberales (como son el grotesco racismo o el autoritario machismo) que, insertados en su vida cotidiana y formando parte de su cultura política, no dejaron de exhibirse en las calles durante la movilización de abril.

Por otro lado, frente a los torpes y mal intencionados paralelos trazados entre Hugo Chávez y Lucio Gutiérrez realizados por sectores oligárquico-reaccionarios, sobre todo ligados al Partido Social Cristiano, Ramírez-Gallegos recalca lo que fue flagrantemente visible: la disputa política central durante el último periodo de Gutiérrez en el poder giró en torno a las tradicionales querellas entre dos partidos orgánicos de viejas y nuevas élites económicas (el PSC y el PRE), y jamás en torno al enfrentamiento entre las élites económicas y un polo popular en el gobierno, como sí que sucede en el caso venezolano.

Finalmente, desafiando la postura de una izquierda de vieja escuela, doblemente desorientada (primero, por un nostálgico anhelo de ver en las calles únicamente a sectores populares movilizados a partir de motivaciones netamente económicas, y segundo, por la

arrogante pretensión de estar en capacidad de develar la falsa conciencia de todo actor político), Ramírez-Gallegos propone una alternativa interpretativo-política. Ésta consiste, básicamente, en tomarse más en serio las razones que arguyen los propios actores para fundamentar sus acciones políticas. Junto a esta opción teórica que no subestima la capacidad reflexiva de la gente, y que evita desdeñar sus razones como si fueran meros síntomas de una realidad más fundamental (su posición de clase, etc.), Ramírez-Gallegos conmina a no descartar de antemano las posibilidades de radicalización de ese ambiguo sector social denominado clase media. Movilizados por vez primera, y por motivaciones fundamentalmente ético-políticas (no económicas) ciertamente no reducibles a la indignación racista de los “liberales bienpensantes”, quizás los “clasesmedieros” urbanos, como los llama el autor, inaugurados en la vida pública en abril, puedan eventualmente constituirse como uno de los puntales sociales en la construcción de un orden político sustantivamente democrático.

El reconocimiento de la potencialidad democratizadora del evento de abril sugerida en la última línea no es en lo absoluto arbitraria. Lejos de ello, se deriva del reconocimiento y comprensión de las *causas* de la movilización. La estrategia teórica o explicativa que adopta Ramírez-Gallegos para determinar tales causas consiste en escudriñar, no las intenciones de la multitud movilizada en abril, sino el momento en el que tal multitud irrumpió en la esfera pública. Es decir, alejándose de explorar lo que hayan procurado o dejado de procurar las tantas personas que salieron a las calles (aspecto por lo demás, en última instancia, insondable), el autor apunta a comprender el *por qué* de su acción a partir de aclarar *cuándo* la llevaron a cabo. Dos características definen el momento en medio del cual se configuró y a partir del cual se puede explicar la movilización ciudadana de abril.

La primera característica comprende un periodo anterior al régimen de Gutiérrez, y se refiere a la ausencia de hegemonía política en el país, exacerbada desde los noventas. De acuerdo al autor, la escasa capacidad de consolidar un liderazgo intelectual y moral por parte de las élites, ha determinado la utilización patentemente instrumental de la ley y de los diversos órganos del estado, y ha confinado la política a un juego de astucia en el que el choque de fuerzas y las componendas entre los partidos se desentiende de todo mecanismo público de rendición de cuentas. Es en medio de este vacío hegemónico que Gutiérrez y su flamante maquinaria partidaria acceden al poder, adoptando inmediatamente las reglas del juego político que se imponen en tal contexto (reglas reducibles a degradar la política a la mafiosa politiquería orientada a acceder a y a mantenerse en el poder usando cualquier medio). Sin embargo, adentrándonos en la segunda característica del momento en el que estalla la reacción ciudadana, hay una característica distintiva del gobierno de Gutiérrez con respecto a los anteriores. Ésta se refiere, nos dice Ramírez-Gallegos, a la manera en que aquél vinculó su estrategia de gobierno con la estrategia militar. En efecto, si se piensa en las retaliaciones que sufrieron algunos opositores al régimen o en la estrategia clientelar utilizada para contener y debilitar al movimiento indígena, la lógica disuasiva propia de los servicios de inteligencia militar caracterizó claramente al “gutierrezato” (nombre que escoge el autor para señalar la cercanía, sobre todo en cuanto al persistente uso de estrategias militares, que guardó este régimen con el “fujimorato” estudiado por los sociólogos peruanos). Es, en suma, durante un periodo en el que se torna completamente visible la arbitrariedad del poder, o en el que la ilegitimidad se reconoce como instalada en el centro mismo del sistema político, que se desencadena la expresión de resistencia de la ciudadanía.

A la luz de esta explicación centrada en el *cuándo* de la movilización, y partiendo de una perspectiva ética proveniente de la tradición radical de pensamiento democrático moderno, Ramírez-Gallegos no podía sino denominar a las jornadas de abril como una *insurrección*, y lo que es más, no podía sino considerar a tal insurrección como *legítima*. Superando esa ansiedad por la estabilidad propia del régimen presidencialista (reforzado con las reformas constitucionales de 1998), ansiedad tan estrechamente vinculada a los imperativos de orden fiscal emanados desde los organismos financieros internacionales, el autor no titubea en defender el derecho a la resistencia y al desacato por parte de la ciudadanía cuando el poder es ejercido de manera ilegítima.

Probablemente los acápites destinados a la descripción de las formas concretas mediante las cuáles la ciudadanía ejerció su derecho a la resistencia sean los más valiosos en términos del acervo histórico que ofrecen para la posteridad. Y a su vez, me atrevería a decir, por la desenfadada implicación ética que el autor asume en estas partes del texto, su escritura adquiere mucha mayor fuerza que en los lugares en los que pesa más la escrupulosidad teórica. Con la minuciosidad gozosa del cómplice, al estilo de una etnografía comprometida, Ramírez-Gallegos ofrece un recorrido por las calles del Quito desvelado en abril. La descentrada plataforma comunicativa ofrecida por la radio entendida como condición de posibilidad para la desbordante auto-convocatoria ciudadana. El vínculo entre las prácticas de la vida cotidiana y las estrategias de contestación al poder tan creativamente desplegadas durante las varias noches de insurrección. El inédito carácter nocturno y rotativo de la presencia de los marchantes en las calles. La total independencia con respecto a los partidos políticos y la ausencia de liderazgos tradicionales entre los movilizados. Mediante la atenta exploración de éstas y otras características de la insurrección, Ramírez-

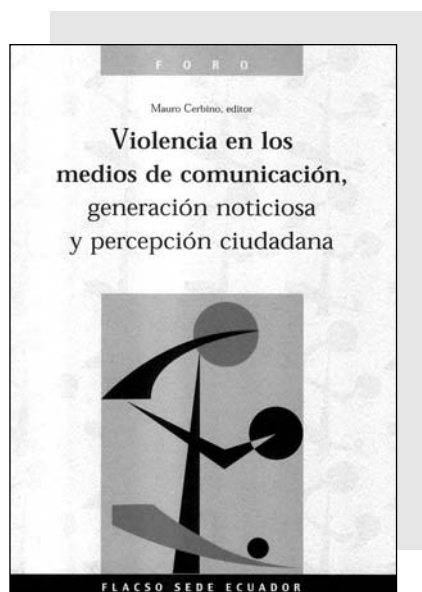
Gallegos destaca y a su vez se vuelve partícipe de su espíritu gozoso, anti-solemne y creativo.

Reconociendo que, hasta hoy, la insurrección democrática de abril no ha reconfigurado al sistema político, el autor sabe que por su mismo carácter intempestivo, esta insurrección (como cualquier otra) por sí sola ni de lejos asegura la estabilización de nuevos mecanismos de participación democrática. Pero sin detenerse en el reconocimiento de este límite, Ramírez-Gallegos no deja de exaltar la libre, siempre singular e inasible expresión de la subjetividad presente en el ciclo de intervenciones públicas ciudadanas que podría abrirse tras la experiencia de abril.

La revuelta ciudadana que tuvo a Quito como su escenario fue una tremenda fiesta pública a la que afluyó y en la que proliferó la fuerza de subjetividades individuales. ¿Quién lo dudaría? Sin embargo, lo que nos recuerda Ramírez-Gallegos es que esa fiesta no fue en modo alguno inofensiva: a juzgar por el momento en el que estalló en las calles, muchos entre quienes se auto-convocaron a esta peculiar fiesta se presentaron o salieron de ella con su individualidad rozada por la explosiva marca de la insurrección.

Alvaro Campuzano Arteta

Sociólogo, M.A. Humanities and Social Thought (Dartmouth University)



Mauro Cerbino, editor;

Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana

Flacso-Ecuador, Quito, 2005.

En tiempos de teorías débiles, desorientaciones valorativas y normativas, y subjetividades ligeras -combinación que se experimenta como incertidumbres existenciales y nebulosidad política-, el tema de la violencia de sucesos criminales en los medios de comunicación de “masas”, como el de su “correlato receptivo”, las audiencias, es de crucial importancia si queremos repensar nuevas alternativas para el ejercicio reflexivo de la opinión pública y ciudadana.

El libro *Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana* podemos inscribirlo al interior de los procesos de la llamada “modernidad reflexiva”, en tanto cumple con dos de las condiciones básicas inherentes a ella: un *mundo de la vida*, cada vez más constituido en relación al mundo mediático (diferente al de hace unas décadas, que se constituía más desde los anclajes espacio temporales tradicionales) y el de *sistemas expertos* cuya misión está en generar